

Poder emplea cada vez más el conocimiento científico y tecnológico, pero es ejercido por los mismos que lo tuvieron siempre... y no son, precisamente, los creadores y poseedores del conocimiento científico y tecnológico. Lo que es cierto es que sin conocimiento no hay Poder, de modo que el conocimiento es una condición *necesaria*, pero de ninguna manera *suficiente*, para lograr el poder o para ejercerlo. Pero es importante que los ingenieros sepan también eso. Y no sólo los ingenieros, porque si no lo saben todos, no puede haber Democracia.

Tomás Buch

Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudio de Antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza, 1998, 304 páginas.

Ante la inminencia del cambio de siglo y en medio de un espíritu de época marcado por el desencantamiento de vivir el "fin de todas las ideologías", en los últimos años resurgió una preocupación por repensar el pasado de las ciencias sociales en la Argentina y reconstruir las variables relaciones establecidas en el último siglo entre ciencia, campo intelectual y política.⁵ En este nuevo camino de reflexión académica el estudio de la década del sesenta (que se había caracterizado hasta ahora por el testimonio evocativo de raigambre generacional), está dejando paso poco a poco a una evaluación del impacto de las vanguardias intelectuales de entonces.

Sin embargo, estos intentos por comprender el pasado todavía no han podido estrechar la brecha existente entre la historia intelectual y la historia de la ciencia. Ello ha puesto de manifiesto un problema en la historia de la ciencia en el país: la ausencia de una historia de las

⁵ Sin ser esta lista sistemática, cfr. Alejandro Cattaruzza, *Historia y política en los años 30: comentarios en torno al caso radical*, Buenos Aires, Biblos, 1991; Diana Quatrocchi-Woissen, *Los males de la memoria, historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995; Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del 60'*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milciades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996; Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; Eduardo Zimmermann, *Los reformista liberales. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995.

ciencias sociales. Es decir, la dificultad para construir una disciplina en tal sentido y pensar desde una perspectiva histórica la evolución y el desarrollo de las ciencias del hombre. Si bien éste ha sido un rasgo problemático en la tradición disciplinaria de la historia de la ciencia en general (dado que la mayor parte de su bagaje teórico y empírico se circunscribió a la experiencia de las ciencias naturales), en la Argentina esta falta se hace aún más dramática.

Resulta paradójico que las disciplinas vinculadas a la sociedad hayan podido utilizar sus aproximaciones teóricas y metodológicas para acercarse al estudio de las ciencias duras pero han sido incapaces de reflexionar en forma sistemática sobre la evolución histórica de las propias ciencias sociales. Al parecer, no se ha comprendido la riqueza y la importancia de los estudios históricos acerca de las instituciones y las disciplinas científicas que han puesto su foco de atención en las vivencias del hombre y la sociedad, y no se ha reconocido la capacidad de los mismos para condensarse en un *corpus* teórico y un discurso metacientífico inmerso en una tradición científica.

De la misma manera, no se ha prestado la debida atención a que muchos de estos estudios sobre las ciencias sociales, en la medida en que aplican enfoques y herramientas de la sociología de la ciencia y de la historia de la ciencia, representan interesantes estudios sociales sobre la ciencia. En este sentido, este reclamo por una historia de las ciencias sociales implica más que una petición por la mera historia, y constituye la pretensión de constituir un conjunto de estudios acerca de las disciplinas sociales a través de las ciencias sociales. Esto no significa otra cosa que abrir un camino para que filósofos, sociólogos, historiadores de la cultura y de la economía, y, en particular, historiadores sociales, redescubran un enfoque crítico novedoso para analizar las complejas relaciones entre ciencia, instituciones universitarias, tecnología, política, cultura y sociedad.

Dentro del conjunto de estos nuevos trabajos que permiten reflexionar sobre un análisis sociohistórico de las ciencias sociales se destaca la reciente obra de Federico Neiburg. En este libro se evidencia la potencial capacidad de algunas herramientas de la sociología cultural contemporánea para explorar un conjunto significativo de interpretaciones que aspiraron a comprender y explicar el fenómeno político peronista en los primeros años de su proscripción. Su autor se propone, en forma general, analizar los procesos sociales por medio de los cuales la sociedad argentina construyó preguntas y alentó la emergencia de discursos autorizados para interpretar el mundo social posperonista (p. 257). Protagonistas de una amplia expansión de espacio

intelectual, todas estas interpretaciones se propusieron integrar una base social huérfana de su líder en un arco de posibilidades que iba desde la propia peronización de los intelectuales hasta el deseo por desperonizar a las clases populares (p. 21).

Este trabajo de investigación está organizado sobre la base de seis capítulos. En el primero de ellos, Neiburg repasa las diferentes interpretaciones que los intelectuales ofrecieron frente al fenómeno peronista y se pregunta cómo los acuerdos o desacuerdos en torno a ese objeto de análisis significaron una determinada posición frente al debate generado por el problema de la desperonización de la sociedad argentina (pp. 25-48). En el capítulo siguiente revisa el conjunto de estas interpretaciones a partir de un sistema de clasificación fundado en la valoración y la diferenciación del objeto, basado en argumentos de autoridad. Aquí, el autor analiza cómo las diversas explicaciones del fenómeno político que concentró las discusiones de la década del cincuenta se fueron construyendo a partir de las valoraciones y las posiciones de los otros participantes del debate político-intelectual, y cómo ese debate implicó una lucha de honores donde se ponían en juego la jerarquía y la capacidad de construir relatos y proyectos que puedan ser reconocidos por el resto de la comunidad. En este sentido, Neiburg reconoce que cada acción de los diferentes intelectuales puede ser entendida como un intento para hacer valer la posición alcanzada y legitimar la propia interpretación (pp. 49-93).

En el tercer capítulo, el autor muestra que todos aquellos que aspiraron a interpretar el peronismo buscaron "legitimar su propia existencia social e imponer su propia interpretación construyendo al peronismo, al mismo tiempo, como la manifestación de un enigma ancestral y como la revelación de un fenómeno inédito" (p. 97). Para lo cual recurrieron a la creación de mitos nacionales sobre el origen del peronismo, el rol del pueblo y la crisis argentina. En el juego de posiciones, los argumentos de autoridad se construyeron a partir de pares de oposiciones sobre la identidad del peronismo y la solución posible a la crisis generada por la desperonización. Esto llevó a la edificación de una visión dicotómica de la historia argentina que se complementaba perfectamente con el enfrentamiento discursivo e ideológico de la historiografía oficial y el revisionismo histórico. Pero, al mismo tiempo, esta lucha entre las "dos Argentinas" expresaba la transformación del espacio intelectual en un terreno de disputa sobre la apropiación del objeto "peronismo" y la legitimidad de sus interpretaciones (pp. 95-135).

A continuación, en el cuarto capítulo, Neiburg realiza un pormenorizado análisis sobre el origen y el desarrollo del Colegio Libre de Es-

tudios Superiores y el importante papel que cumplió en el espacio cultural argentino desde su creación en 1930 hasta la década de 1950. Es en esta parte donde el autor presenta una sólida investigación de campo y aporta una serie de datos novedosos para la historia intelectual del período (pp. 137-182).

Neiburg analiza, en el quinto capítulo, la experiencia de la creación de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires y el intento, impulsado principalmente por Gino Germani, de legitimar desde la ciencia el fenómeno peronista; proyecto que aspiraba a formar un nuevo tipo de intelectual capaz de interpretar la realidad social, un sociólogo que era al mismo tiempo especialista y agente de la modernización (pp. 183-214). Siguiendo este análisis, en el capítulo final, el autor describe el proceso de desperonización que tuvo lugar en la UBA en el lapso posterior al derrocamiento de Perón. Así, Neiburg analiza la dinámica y el resultado de los concursos de renovación docente, la creación de nuevas cátedras y carreras y la legitimación de discursos y actividades científicas. Su atenta descripción del espíritu revanchista y antidemocrático que guió los destinos de la reconstrucción institucional en la universidad porteña en el período 1955-1962 revela la simplicidad de los habituales relatos sobre este proceso y evidentemente pone en duda el esquema "progresistas-reaccionarios" que utilizó Pablo Buchbinder en su libro sobre la historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (pp. 215-251).⁶

La obra puede ser dividida en dos partes diferenciadas. En los primeros tres capítulos es posible observar el marco de explicitación de los imperativos teóricos que guían la obra para desarrollar el juego de combate de ideas que se expresaron durante el período analizado. En esta parte se abusa de algunas ideas y se reiteran varios conceptos. Ello ocurre, quizás, porque en la mayor parte de estas primeras páginas el esquema narrativo no puede superar la reseña bibliográfica y su explicación se basa en la mera pugna de relatos. En estos capítulos se observa la tenue, a veces inexistente demarcación de los límites entre un espacio cultural amplio, un espacio intelectual más restringido y un espacio académico propiamente dicho. Sin embargo, se puede pensar que ello es deliberado e, inclusive, que se debe a un condicionamiento del problema analizado: el peronismo era "algo que podía ser discutido por políticos en espacios y en términos académi-

⁶ Pablo Buchbinder, *La historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

cos y algo que podía ser discutido por académicos en términos y en espacios políticos" (p. 44).

Por el contrario, los restantes capítulos constituyen la parte más novedosa del libro, pues ofrecen un análisis morfológico y de perfil socio-profesional de los integrantes del CLES, el nacimiento del Departamento y la Carrera de Sociología a la par de su mentor y de la creación de la sociología científica y el proceso de desperonización en la UBA. Neiburg introduce en esta parte un rico análisis sociológico pues demuestra cómo las legitimidades de los discursos se construyen a partir de ciertas capacidades de las instituciones para legitimarse socialmente.

Si bien se puede indicar una cuidada lectura y un detenido trabajo de análisis sobre los textos sobre el peronismo, el libro presenta en general una precaria base histórica. Esta deficiencia es notable si se piensa el objetivo del autor por presentar un relato sobre la génesis de las interpretaciones del peronismo. Así, el escaso conocimiento de los hechos históricos del período anterior al analizado lo llevan a mostrar datos erróneos sobre la creación de la cátedra de sociología en la UBA y la historia de la *Revista de Economía Argentina* (pp.186-190). Su referencia a Miguel Cané como profesor de sociología indica no sólo su desconocimiento acerca de la historia de la sociología argentina y una incompleta elección de la bibliografía sino además una lectura por lo menos apresurada de los datos (p. 186). Esto demuestra uno de los problemas más serios del relativismo cultural: sus dificultades en torno de la elección, la jerarquización y la ponderación de las fuentes.

Sin embargo, la obra de Neiburg es rica por la interesante lectura de los discursos sobre el fenómeno peronista y su valioso análisis sociológico acerca de una de las instituciones académicas menos conocidas por la historia intelectual argentina. Resulta igualmente auspicioso su redescubrimiento de la complejidad y la riqueza cultural de la década del treinta. Uno de los mayores logros del autor es haber establecido una importante relación entre los aportes de Alejandro Bunge y la trayectoria intelectual de Gino Germani, una vinculación cada tanto referenciada pero casi siempre descuidada. Pero, ciertamente, su mayor mérito es haber contribuido a esclarecer el complejo espacio de la lucha intelectual sobre el fenómeno peronista y los mecanismos de legitimación de los discursos y las interpretaciones sobre la historia y la sociedad argentina. Este juego de disputa por la apropiación de un objeto de análisis generó la necesidad de construcción y consolidación de discursos autorizados y argumentos legitimantes. Surgió entonces una explicación científica sobre el peronismo, la sociología, que no sólo significó un "mito nacional" más, sino que su aparición im-

Diego Pereyra

pulsó una nueva racionalidad y terminó por legitimar la existencia del peronismo. Es decir, según la hipótesis del libro, "la formulación de una interpretación científica del peronismo (la consagración del peronismo como objeto de la ciencia) contribuyó a la propia constitución del peronismo", p. 205).

La lectura obligada de la obra de Neiburg obedece más a sus sugerencias que a sus afirmaciones. Ella se hace necesaria más por la necesidad de proseguir sus investigaciones y rever sus datos que por la confianza que genera su excesiva pretensión de comprender la historia de violencia política a través de estas páginas. A pesar de estas observaciones, el texto reseñado constituye un significativo y original análisis de un período crucial de las ciencias sociales en el país, el cual precisamente no puede indicarse como el momento de su nacimiento pero sí señala un lapso en el cual ellas tuvieron un destacado papel en su relación con el sistema político y la universidad. Resulta entonces un poco inquietante, pero no por ello menos atrayente, descubrir en un libro de antropología cultural una serie de importantes enunciaciones que los historiadores y los sociólogos argentinos, así como los sociólogos históricos y los historiadores de la ciencia de la región, no pueden o no se animan a plantear.

Diego Pereyra